

La fecha del primero de agosto ha sido siempre fecha señalada para los guixolenses. Es su fiesta mayor y en este día empieza la bella perspectiva de unos días de descanso y algarabía. Pero este año, algo ha venido a ensombrecer este mes, que siempre ha presumido de festivo y alegre. Su despedida ha sido antipática en extremo. El día primero fué alegre, pero el día treinta y uno fué desastroso. No quiso correr parejas con el primero y se nos mostró como el compañero desagradable. Quiso pasar a la historia por su maldad, creyendo que así no sería olvidado, pero se equivocó, porque el tiempo, en estas cosas hace a la gente alvidadiza

Sépalolo bien esto, el día treinta y uno de agosto de mil novecientos cincuenta y cinco. El dió algún disgusto a más de una familia guixolense. Es cierto. Pero pronto no se le recordará porque son más los días alegres, soleados, que no los de tempestad y granizo como fué él. La ciudad, nuestra ciudad, seguirá acordándose siempre del primero del mes pasado y en cambio irá al mundo del olvido este treinta y uno que hemos dejado atrás. Habrán sido estériles sus esfuerzos en lograr popularidad, porque este no es país para tales tonterías. Para el futuro, si el día treinta y uno de agosto quiere arraigar entre nosotros ha de saber escoger otros temas más simpáticos que el de una tempestad de granizo, por más gordo que éste pueda ser. Entendidos.

SAN FELIU
DE GUIXOLS
8 SEPTIEM. 1955

Amorosa

¿POR QUÉ.....?

«¿Por qué, salvo honrosas excepciones, todas las agencias de viajes, diarios, semanarios y publicaciones se olvidan de San Feliu, cuando hablan de la Costa Brava?...»

Parece ser que los guixolenses nos quejamos y protestamos de la campaña de silencio que en general, se ha lanzado contra nuestra Ciudad, mientras se habla a porfía de otras localidades de la Costa Brava. O todos moros o todos cristianos. Cierto. Pero, en un sentido absoluto, ¿nadie se ha parado en considerar si nuestros logros son realmente merecedores de una columna?

Uno que mojó muchas veces su pluma, en tinta de afectos, para hablar de la Ciudad, se ha lamentado otras tantas de no tener mejores temas a mano que la visita de un personaje, la inauguración de un hotel, una competición deportiva o las fabulosas cifras de la afluencia de turistas en cualquier fin de semana. Desde luego, que entre estos menudos acontecimientos, es posible que se esconda, humilde e inadvertido, algún hecho de mayor importancia. Es posible, pero no probable.

¡Ah de la ciudad bonita, de la mujer hermosa...! No bastan la belleza ni los adornos! Atractivo de un día, fugaz. ¿Dónde, el alma, la consecuencia y el temple? No quisiéramos, ni por asomo, insinuar que San Feliu carezca de estos preciadas cualidades, y, por contra, reconocerlas en aquellas otras poblaciones, a las que les tocó, en suerte el «gordo» de la lotería publicitaria, sin saber, acaso, el valor de un «décimo».

Desde que se vive tan intensamente cara al exterior, todas nuestras ciudades han perdido muchas cosas buenas, pristinas y peculiares gracias, a cambio de innegables y necesarias mejoras urbanísticas, a cambio de un remunerador culto al turismo. Y lo que hubiese podido y debido ser una adición, se ha convertido en una resta, en cuanto a los valores eternos y absolutos. Nuestros lugares casi se han vaciado de sus tradicionales características; y, en aras de una singular y absurda uniformación, se venden las almas al mejor postor, mientras formas y cuerpos cristalizan en tipos «standar», sin esencias diferenciativas.

Quizá, sea San Feliu, por cuna y tradición, la primera entre las ciudades de la Costa Brava que enarbola más alto la bandera de supremos ideales. Pero, incomprensiblemente, se van frustrando los mejores proyectos. Quizá nuestra intención esté manchada por una leve sombra de soberbia, quizá un hado adverso nos persiga. No llega el

premio, para acicate de una nueva empresa. Y en balcón ajeno vemos depositados los dones que esperábamos; en un balcón, donde ni un par de zapatos vigilaran el paso de la Santa Cabalgata de Oriente. ¡Paciencia y a acallar voces! Los ecos de una queja resultan siempre pueriles. Las quejas sobran.

Nuestros muros benedictinos no nos hablan solamente de paciencia, sino de tesón y empuje. Y nuestra Ciudad que nació cenobita, quizá cenobita muera. Es probable que su ruta se borde en calladas constancias, en noches de vela, en el mérito de ignorados impulsos, en la malla del diario esfuerzo.

¿Qué importan, en esencia, las algaradas publicitarias, un nombre en los mapas, una vela de orgullo en el altar del diablo?

¡Vayamos a por nuestra Ciudad, a por su auténtica imagen, a por la ciudad que queremos que sea!

¡¡¡y permanecer!!

Cada futuro nace de su propio pasado.

L. d'Andraitx

Reflejos

Jardines en la ciudad

Aunque la vida en las grandes ciudades obliga en muchos aspectos a desenvolverse en un ambiente poco propicio a la salubridad—humo de las fábricas, aire adulterado de los locales públicos, gases nocivos de diversa procedencia—se procura por otra parte compensar la deficiencia de aire puro mediante la plantación de árboles y arbustos en paseos y avenidas, y se tiende a espaciar las edificaciones con jardines y plazas ornamentadas con parterres y setos de variada vegetación.

Y es notorio observar como a medida que aumenta la densidad de población en las grandes urbes, hay una tendencia progresiva a aprovechar todos los espacios de vía pública susceptibles de mantener algún ejemplar vegetal, aunque no sean más que unos pequeños arbustos o unos rosales de no muy expansivo desarrollo.

Es placentera la observación porque demuestra que a pesar de ser absorbido el hombre moderno por tantas preocupaciones cronómicas, y de prestar atención a multitud de frivolidades no se olvida, sino

(Termina en la página 8)